

# Un Obama en el que podemos creer

[David Rothkopf](#)

*Newtown ha cambiado al presidente. ¿Podrá cambiar el mundo?*



Brendan Hoffman-Pool/Getty Images

¿Es posible que la matanza de unos niños en una escuela primaria de una pequeña ciudad de Connecticut en EE UU tenga repercusiones mundiales? ¿Podrá cambiar no solo la política de las armas en Estados Unidos, sino el tono político general del país? ¿Podrá convertir a un presidente precavido en otro más audaz, a un calculador en un hombre de visión y de acción? ¿Podrá ese dirigente pasar de un primer mandato lleno de discursos sobre grandes principios a un segundo en el que de verdad tome medidas para cumplir, al menos, parte de las promesas de esos discursos?

Barack Obama es un hombre frío. Sus más íntimos lo reconocen. Sus partidarios dicen que es una virtud y, en ciertas circunstancias, sin duda, lo es. Pero también ha sido su punto débil. Demasiadas veces ha preferido hacer sumas y restas, dividir la diferencia, hacer lo más conveniente. Durante su primer mandato, se vio con claridad a la hora de abordar las grandes cuestiones: el clima, la prórroga de los recortes fiscales de Bush, Afganistán y, como hemos vuelto a sentir con demasiada intensidad en los últimos días, las armas de fuego.

Pero Obama es, además, un padre que tiene hijas aún muy jóvenes. La emoción que le causaron el horror y el desgarró de Newtown era palpable tanto en sus primeras declaraciones como durante su extraordinario discurso días después ante las personas más directamente afectadas por los asesinatos en el colegio. El hecho de que tuviera que limpiarse las lágrimas no fue lo único que demostró lo conmovido que estaba. Fue también ver hasta qué punto se había olvidado -por fin- de su característica cautela.

Los líderes estadounidenses no suelen hacer lo que hizo Obama durante el discurso. No recuerdo la última vez que oí a un presidente decir con tanta claridad que estamos incumpliendo nuestras obligaciones con nuestros hijos y con nosotros mismos como nación. “¿Podemos decir honradamente que estamos haciendo lo suficiente para mantener a nuestros hijos, a todos ellos, a salvo de cualquier daño?”, preguntó. “Si somos sinceros con nosotros mismos, la respuesta es no. No estamos haciendo lo suficiente. Y vamos a tener que cambiar”.

No mencionó las armas de fuego. No le hizo falta. Era evidente que estaba diciendo que 300 millones de armas en circulación son demasiadas. Está claro que 30.000 muertes anuales por arma de fuego son una aberración. Estados Unidos ha gastado alrededor de 3 billones de dólares en luchar contra el terrorismo desde el 11-S, y mientras tanto, el número de estadounidenses que han matado con armas de fuego en el país es el doble de la gente que los terroristas han asesinado en todo el mundo. No solo es un escándalo de la nación. Es una enfermedad, un fallo profundo y fundamental del carácter nacional de EE UU.

¿Y si Newtown cambia a Obama para mejor, igual que el 11-S cambió a Bush para peor? ¿Y si suscita una auténtica introspección -aunque solo sea momentánea- y el reconocimiento de que a los grandes líderes estadounidenses se les ha juzgado y se les ha distinguido por su capacidad de hacer que los ciudadanos fueran mejores? Los fundadores en el momento de iniciar la larga lucha por la democracia de EE UU, Lincoln acabando con la esclavitud, Roosevelt comprometiéndonos a ayudar a los más débiles, Johnson tomando la iniciativa en una serie de históricas leyes de derechos civiles, son hombres que tuvieron el valor de decir: “Podemos ser mejores”. Los retos nacionales revelan el verdadero carácter de los presidentes y de su pueblo.

Obama sabe mejor que nadie que cambiar las leyes sobre las armas de fuego no será fácil. Es consciente de las fuerzas desplegadas en contra. Pero también las vio en plena confusión con este último suceso, en el que la Asociación Nacional del Rifle llegó a cerrar su página de Facebook y los 31 senadores se declaran "pro armas de fuego" se negaron a defender sus posturas en el programa de televisión *Meet the Press*. Vio que la América armada se escondía. Y tal vez tuvo la sensación de que la conmoción podría empezar, quizá incluso haya empezado ya, a transformar el resto del debate político en Washington. O quizá -mejor todavía- haya dejado de importarle tanto que el debate siga siendo el mismo o no.

Durante décadas, las iniciativas para lograr un control de las armas de fuego se han visto como un asunto demasiado polémico para abordarlo en la política estadounidense. Las tragedias se sucedían -Columbine, Virginia Tech, Tucson, Aurora- y no se hacía nada. El Tribunal Supremo, igual que se equivocó en los casos de Dred Scott y Citizens United, reafirmó varias veces que una cláusula anacrónica de la Constitución garantizaba el derecho general a poseer armas y los políticos se limitaban a encogerse de hombros. Todos pensaban que el *lobby* de las armas de fuego era muy poderoso y los propietarios de rifles y pistolas eran fundamentales para inclinar a los márgenes electorales. Cada día morían 30 personas de heridas por disparos -es decir, cada día había un Newtown-, porque los más *enterados* de Washington decían que hacer cualquier cosa sería demasiado difícil.

Pero lo que ha sostenido históricamente a Estados Unidos y le ha ayudado a florecer no es que siempre tenga razón (ni mucho menos: las faltas siempre han sido equiparables a los triunfos), sino que a veces comprenda que debe cambiar. Tienes un sistema que contiene las semillas de la reinención. Con el último suceso, el frío y precavido presidente Obama pareció llegar a la conclusión de que este era uno de esos momentos.

Desde luego, está aún por ver que sea así o no. Los mismos motivos por los que ese cambio de sentido común no se ha producido todavía son los que hacen que sea difícil que se produzca. Pero con la última matanza ha sido inevitable observar una transformación en el presidente. Puede que, en parte, haya tenido que ver con lo mucho que ha madurado en su puesto. Puede que en parte haya sido por su sólida victoria en noviembre. Puede que haya tenido relación con que su firme posición negociadora con los republicanos parece estar permitiendo que el país avance hacia un acuerdo sobre el *precipicio fiscal*.

Repito: no hay nada garantizado. Una y otra vez, Obama ha desconcertado como líder, ha sido capaz de pronunciar un discurso enardecedor y quedarse a continuación en medidas a medias o en retrasos. A los escépticos, esta vez, les digo: Miren a Obama. No se dejen despistar por tropiezos recientes y relativamente poco importantes como la disputa a propósito de Susan

Rice. Fíjense en que el presidente no se ha dejado distraer. Se ha mantenido centrado en lo que tenía que hacer, en las negociaciones con el Congreso, en seleccionar a los miembros del gabinete para su segundo mandato.

En cuanto a la repercusión que puede tener esto en el resto del mundo, empezaremos a ver las consecuencias bastante pronto. Esta misma semana, Obama nombrará seguramente un equipo de seguridad nacional experimentado y poderoso, dirigido por el senador John Kerry -en la actualidad presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado- que, a las órdenes de un líder más seguro de sí mismo, puede ser una fuerza enérgica y eficiente en el escenario internacional. Me atrevo a decir que empezarán por intervenir activamente en los problemas más acuciantes de Oriente Medio: Siria, Irán, Egipto y el punto muerto en el que se encuentra la cuestión de Israel y Palestina.

Y los sucesos de Newtown pueden tener repercusiones todavía más importantes, porque, en este momento de la historia de Estados Unidos, casi todos los grandes retos de seguridad que afronta el país son de carácter interno. Como destacó hace mucho tiempo el historiador Paul Kennedy, las grandes naciones suelen caer desde dentro. No solo es que las armas de fuego maten a muchos más estadounidenses de los que los terroristas matarán jamás, es que además estamos padeciendo las consecuencias de una dolorosa sangría fiscal interna y un sistema político que, hasta ahora, ha sido disfuncional. Esa disfunción, pese a lo que puedan leer ustedes, ya ha ocurrido otras veces en la historia de EE UU. Pero entonces una crisis, algún tipo de catalizador, una serie de acontecimientos, dan paso a un auténtico líder y eso es lo que permite que haya cambio, crecimiento y progreso.

Este podría ser uno de esos momentos. Para saber si el cambio es real habrá que fijarse en unas cuantas pistas significativas en las próximas semanas. Si el presidente logra llegar a un acuerdo sobre el *precipicio fiscal*, si toma medidas sustanciales para avanzar hacia el control de armas y si empieza a ocuparse de los elementos más ambiciosos de su agenda para el segundo mandato -como la reforma de la inmigración, el estímulo de las inversiones en educación e infraestructuras y la elaboración de una política energética nacional que sea sostenible-, entonces sabremos que este es un Obama diferente.

En su discurso durante la vigilia de Newtown, el presidente terminó con un rotundo llamamiento a la acción. Después de una desgarradora letanía de los nombres de los niños asesinados, Obama dijo: "Dios los ha llamado a todos a su casa. Los que nos quedamos debemos encontrar la fuerza para seguir adelante y hacer que nuestro país sea digno de su recuerdo".

Es una tarea difícil. Pero si creen, como yo, que nuestra misión más esencial en la vida es amar a nuestros hijos y que eso debería inspirar todo lo que hacemos, esa tarea es también la

Estrella Polar que necesita el jefe de Estado de un gran país para guiarnos.

#### Artículos relacionados

- [El loco, el revólver y la permisividad legal.](#) **Pablo Díez**
- [A la caza del mundo.](#) **David Morton**

#### Fecha de creación

19 diciembre, 2012